

La eliminación de las niñas en la India y China

Aborto seguro, niñas en riesgo

Ignacio Aréchaga

Ecografía y aborto seguro se suelen presentar como actos médicos que suponen un progreso para las mujeres. En Asia, sin embargo, es una combinación letal, que se está utilizando a gran escala para eliminar a millones de niñas. Hasta tal punto que hay ya un desequilibrio de sexos en gigantes demográficos como India y China. Ante esta deriva inesperada del derecho al aborto, es significativa la reacción de organizaciones que trabajan a favor de los derechos de las mujeres.

En una población normal, nacen aproximadamente 105 niños por cada 100 niñas, proporción que después se equilibra por la mayor mortalidad masculina. Pero en Asia es distinto. En la India, nacen 112 niños por cada 100 niñas. En consecuencia, según el censo de 2001, hay 93,3 mujeres por cada 100 hombres. Esto supone un déficit de unos 35 millones de mujeres, que nunca se había alcanzado en el país. Además el déficit es más acentuado en las generaciones más jóvenes, lo que indica que la eliminación de niñas se está acelerando.

La misma evolución hacia una sociedad más masculina se advierte en China. Allí nacen 117 niños por cada 100 niñas. En el censo de 2000 había aproximadamente 36 millones menos de mujeres que de hombres, dentro de una población total de 1.300 millones. Pero la eliminación de niñas podría ser incluso mayor, habida cuenta de que no pocas nacen y mueren sin ser registradas.

El fenómeno, aunque menos

acentuado, se observa también en otros países de la región, como Taiwán, Bangladesh, Pakistán, Afganistán, con poblaciones anormalmente masculinizadas. Corea del Sur, donde todavía nacen 107,4 niños por cada 100 niñas, es el primer país asiático donde la desproporción está declinando desde 2002. En cambio, un dato significativo: hay una auténtica paridad en el único país católico de la zona, Filipinas, donde el aborto no está legalizado.

La tiranía de la dote

¿Por qué en Asia se da esta preferencia por el varón hasta llegar al aborto y al infanticidio selectivo de niñas? Junto al tradicional orgullo por tener un hijo varón, que transmitirá el nombre del padre y se ocupará de sus ritos fúnebres, hay una razón económica poderosa: una hija, al casarse, se va de casa de sus progenitores y pasa a formar parte de la familia de su esposo, mientras que un hijo varón es durante toda la vida el pilar en el que se apoyan sus padres, sobre

todo en la vejez, en países donde la protección social es débil. Una hija es una carga, y más si hay que casarla con dote; un hijo, una inversión útil.

La situación que lleva al aborto selectivo de las niñas está bien descrita en el reciente libro de Bénédicte Manier *Cuando las mujeres hayan desaparecido*¹, que se centra sobre todo en lo que ocurre en la India.

En la India la dote, que en su origen era algo que los padres daban a la hija porque no iba a heredar tierras, ha pasado a ser una cantidad pagada al esposo y a la familia política. En los últimos tiempos, para buena parte de la nueva clase media, la dote se ha convertido en la ocasión para una exigencia creciente de regalos, dinero, electrodomésticos... A menudo se chantajea a la familia de la novia con rechazar el matrimonio, e incluso después de la boda la familia del novio puede seguir pidiendo más. Sin dote, las posibilidades de casarse son casi nulas. En teoría, la dote es ilegal desde 1961, pero sigue plenamente implantada en las costumbres.

En Asia la eliminación masiva de niñas es fruto de la “sinergia” entre la preferencia tradicional por el varón y la legalización del aborto y el conocimiento del sexo del feto mediante la ecografía.

Una paradoja de la prosperidad

Contra lo que cabría esperar, el rechazo de las niñas y el recurso al aborto no hay que imputarlo a la pobreza, al subdesarrollo y al analfabetismo, sino a la prosperidad. Los grupos sociales más hostiles a las niñas no son los pobres, sino las clases medias, para las cuales el coste de la boda y la dote de

la hija constituyen un obstáculo para su ascenso social. Por eso, no es extraño que la proporción de nacimientos de niñas sea menor en los barrios acomodados que en los populares, en las ciudades que en el campo, en los estados más ricos del norte que en los de menor renta. “Casi cabría decir –escribe Manier– que un feto femenino tiene algunas oportunidades más de venir al mundo en un barrio de cha-bolas del medio rural que en un barrio de clase media”.

En China, la tradicional preferencia por el varón se ha acentuado por la política del “hijo único”, impuesta obligatoriamente desde 1979 con medidas coercitivas (vigilancia de los embarazos, sanciones económicas, abortos forzados...). Pero las parejas chinas enseguida interpretaron la política del hijo único como la del varón

único. Y aunque en el medio rural se permitió luego tener una segunda criatura si la primera había sido niña, el aborto selectivo de niñas sigue dándose a gran escala.

Sinergia funesta

A pesar de que en la India el déficit de mujeres se advirtiera ya en los primeros censos al comienzo del siglo XX, la actual eliminación masiva de niñas es fruto de la “sinergia” entre la preferencia tradicional por el varón y otros factores asociados a la modernidad: el mayor control de la natalidad, la legalización del aborto y el conocimiento del sexo del feto mediante la ecografía.

Tanto en la India como en China, el control de la población ha sido objeto de intensas campañas, a menudo con medidas coercitivas, que han reducido mucho la fecundidad. Las mu-

— PELÍCULAS SOBRE EL ABORTO: ABORTO CLANDESTINO —

4 meses, 3 semanas y 2 días (4 luni, 3 saptamini, si 2 zile)

Director y guionista: Cristian Mungiu. Intérpretes: Anamaria Marinca, Laura Vasiliu, Vlad Ivanov, Alex Potocean, Luminita Gheorghiu. 113 min. Adultos. (VXD)

Después de algunas ediciones de controvertido palmarés, en la última edición del Festival de Cannes nadie protestó la decisión del Jurado de premiar con la Palma de Oro esta impecable cinta rumana. Una película dura donde las haya, ingrata, áspera, incómoda y, sin embargo, de visión casi obligada. Cristian Mungiu relata en imágenes el calvario de Gabita, una joven estudiante embarazada dispuesta a someterse a un aborto y de su amiga, Otilia, que la acompaña. Son los años ochenta en la oprimida y casi tercermundista Rumania de Ceaucescu. En esa época, allí el aborto era ilegal.

A partir de un guión escrito por él mismo, Mungiu construye su film como un *thriller*. En este sentido, hay muchos momentos en los que *4 meses* no se aleja demasiado de un conjunto de películas –casi son género– que se caracterizan por contar la preparación de un crimen. Con precisión matemática, Cristian Mungiu va presentando a las víctimas, al asesino, el arma, el escenario... A la tensión del *thriller*, se añade una tensión interior, psicológica –que parte de los personajes y llega hasta el espectador– mucho más angustiante. La secuencia de la cena de Otilia en casa de su novio es antológica: un plano fijo, una conversación insustancial y una tensión *in crescendo* que acaba por estallar en una huida rodada como si se tratara de una persecución y en un dilatado e impactante final, veinte minutos antes de que termine la cinta. La nerviosa planificación –cámara en mano– ayuda a mantener la intriga durante todo el metraje y a iden-

tificar los sentimientos de las protagonistas.

El realizador rumano sabe alternar los largos silencios con ágiles y elaborados diálogos que el estupendo reparto recita con pasmosa naturalidad. En el capítulo interpretativo hay que destacar el trabajo de Anamaria Marinca.

La opinión del director

Pero además de una impecable lección de cine, *4 meses* es una película que reabre la cuestión del aborto. Preguntado en Cannes, Cristian Mungiu se limitó a señalar que él simplemente ha querido hacer una película sobre una realidad en su país en los años ochenta: el aborto ilegal. Posteriormente, el realizador rumano ha declarado que, durante esos años, el aborto se llegó a ver como una forma de oposición al régimen comunista. Por otra parte, el director reconoce su propia perplejidad cuando señala: “El primer año tras la caída del comunismo se produjeron un millón de abortos. No sabíamos cómo comportarnos. La gente pensaba: si la ley permite hacerlo, perfecto. Pero tienes que pensar en la clase de libertad que se te da”.

Sean cuales sean los propósitos del autor, la realidad es que no hay ni un ápice de frivolidad en la puesta en escena de la película y que los terribles sucesos que se cuentan no son sólo patrimonio del aborto ilegal. Por otra parte, Mungiu es cineasta y lo que quiere decir, lo dice con imágenes. Y más concretamente, con un plano. Un plano que rompe el tono elíptico del resto de la película. Un plano que no se puede desvelar. Para quien quiera y sepa verlo, en ese plano está la clave. **Ana Sánchez de la Nieta.**

jeros tienen hoy día una media de 2,9 hijos en la India y 1,6 en China. Pero uno de los efectos de la natalidad planificada es que hay más intolerancia hacia los fetos femeninos.

Así lo explica uno de los testimonios recogidos en el libro: "Antaño, tenías descendencia hasta que por fin llegaba un varón. Luego apareció la planificación familiar (...) y ahora solo hay que tener dos. Así que, si el primero es niña, el segundo necesariamente tiene que ser niño. Y haces todo lo necesario para conseguirlo, abortando los fetos siguientes si son niñas".

Ecografía + aborto

La ecografía permite ahora conocer el sexo del feto a partir de la decimosexta semana. Y como el aborto, legal en la India desde 1971, está permitido hasta la vigésima semana, hay tiempo

de eliminar a la niña indeseada. A las ecografías que conducen al aborto selectivo se les denomina eufemísticamente por las siglas "SD" (iniciales de Sex Detection), de modo similar a como el aborto se denomina aquí IVE.

Para luchar contra el aborto selectivo de niñas, en 1994 se prohibió el diagnóstico prenatal del sexo. Pero no se puede prohibir que un servicio de ginecología haga ecografías, y en la India hay más de 30.000 clínicas de este tipo registradas, y otras muchas clandestinas, donde no hay ningún problema para conocer el sexo del feto. De este modo, ha surgido un negocio muy lucrativo para estas clínicas, que proponen forfaits de "ecografía+aborto" por entre 5.000 y 10.000 rupias (de 95 a 190 euros).

Según las estadísticas oficiales, cada año se realizan en la India

En la India, las organizaciones feministas no tienen palabras suficientemente fuertes para descalificar a las clínicas que se lucran con los abortos selectivos de niñas.

600.000 abortos. Pero los demógrafos aseguran que hay muchos más abortos no declarados. Un estudio publicada en *The Lancet* a comienzos de 2006, estimaba que cada año 500.000 niñas eran víctimas del aborto.

El aborto "desvirtuado"

Las organizaciones feministas que, como la autora del libro, defienden el

— PELÍCULAS SOBRE EL ABORTO: ABORTO ADOLESCENTE —

Juno

Director: Jason Reitman. **Guión:** Diablo Cody. **Intérpretes:** Ellen Page, Michael Cera, Jennifer Garner, Jason Bateman, Allison Janney, J.K. Simmons. 91 min. Jóvenes-adultos (SD)

El realizador Jason Reitman (Montreal, 1977) que había demostrado su gusto por lo políticamente incorrecto en su ópera prima *Gracias por fumar*, confirma que se mueve con comodidad en este terreno y rueda una ácida comedia que se atreve a cuestionar uno de los prejuicios de la cultura occidental actual: el embarazo de una adolescente es una tragedia que sólo tiene una salida, el aborto. Una chica de 15 años no tiene madurez —ni física ni psíquica— y un embarazo es un trauma que puede destrozarle la vida, impedirle formar una familia o tener un futuro profesional.

Juno da la vuelta al argumento y presenta el embarazo en estas circunstancias como una realidad complicada pero llevadera, y sobre todo plantea soluciones que, a la larga, son menos traumáticas que el aborto.

Habrà a quien le parezca una trivialidad que *Juno* se ría primero de la sexualidad y después de su embarazo, que haga bromas sobre el crecimiento de su tripa, sus antojos gastronómicos o de cómo experimenta los efectos de su batidora hormonal. Pero, junto con un tono gamberro y deslenguado, en el sorprendente guión de la debutante Diablo Cody —una ex *stripper* de treinta años— hay más de una reflexión interesante, empezando por el trabajado dibujo y la evolución de personajes (otra cosa es la verosimilitud, pero no hay que olvidar que estamos ante una comedia).

Juno —magnífica interpretación de la canadiense de 21 años Ellen Page, que aspira al Oscar por este trabajo— es to-

do un carácter: una adolescente con personalidad, capaz de asumir sus actos, no siempre ejemplares. Decide por sí misma, prescinde del qué dirán, afronta el trago de comunicar la noticia a su familia y la elección de los padres adoptivos.

A lo largo de la película, *Juno* muestra no sólo que tiene madurez física —y una salud envidiable— para ser madre, sino que es más madura que los treintañeros padres de adopción, adolescentes crónicos que sufren pánico ante la responsabilidad o la posibilidad de que la vida no les salga redonda y con lazo. La madurez de *Juno* acaba tirando del imberbe de su "pareja" que pasa de ser un pardillo que sólo piensa en el deporte a plantearse que aunque *Juno* no le deje meterse (en la cinta —como en gran parte del cine actual— el sexo es cosa de dos y el embarazo, de una) la criatura también va con él.

Además de estos mensajes tan radicalmente contrarios al pensamiento único, la película es divertida y amenísima, tiene unos diálogos de una vivacidad chispeante (en ocasiones soeces), una buena banda sonora y un originalísimo arranque de créditos. Razones más que de sobra para vencer a la crítica y al público.

Como ocurrió el año pasado con *Little Miss Sunshine*, la película ha ganado algunos premios en festivales: tuvo tres candidaturas a los Globos de Oro y aspira a cuatro Oscars en importantes categorías (película, director, guión original y actriz). En cuanto al público, ha recaudado ya más de 100 millones de dólares en EE.UU., donde actualmente se exhibe en más de 1.900 salas. Un fenómeno, como la protagonista de la historia. **Ana Sánchez de la Nieta.**

derecho al aborto, ven con angustia que se ha convertido en un arma contra las mujeres. Y, aunque evitan utilizar un lenguaje afín al de los grupos pro vida, no pueden evitar que muchas de sus reacciones y propuestas se asemejen.

Hay que ir a la India para oír decir a una feminista: “Es sencillamente el grado máximo de violencia contra las mujeres: el que les niega el mismísimo derecho a nacer”. Sin cuestionar el aborto, lo que las feministas condenan allí es que la ecografía y la interrupción del embarazo, que supuestamente deberían representar un progreso para las mujeres, se hayan “desvirtuado” para volverse contra ellas.

Pero, con la lógica del derecho al aborto, poco se puede objetar. Si el feto puede ser eliminado por cualquier motivo (económico, social, psicológico...) que le haga indeseable para la mujer, ¿por qué no por razón del sexo? Las mujeres indias, al igual que sus maridos, prefieren hijos varones, a los que no hay que dar una dote, entre otras cosas.

El negocio de las clínicas privadas

En la India, las organizaciones feministas no tienen palabras suficientemente fuertes para descalificar a las clínicas que se lucran con los abortos selectivos de niñas. En el libro de Manier se denuncia “la impunidad generalizada de una clase médica” que vive de “esta industria multimillonaria”. El comportamiento de los médicos que utilizan la ecografía para los abortos selectivos es califi-

El grado máximo de violencia contra las mujeres es el que les niega el mismísimo derecho a nacer.

cado como “ilegal, inmoral y contrario a la ética médica”.

Por eso piden que se obligue a las clínicas a cumplir la ley y reclaman sanciones más duras. Ya en 2001 se reforzaron las penas por abortos selectivos: multas elevadas y hasta cinco años de prisión para los médicos, embargo del aparato de ecografía, suspensión del ejercicio de la medicina y prohibición de ejercer en caso de reincidencia.

Pero, como suele alegarse en el caso del aborto clandestino, si las ecografías para saber el sexo no son legales, siempre se hará lo mismo por la puerta de atrás. La realidad es que el aborto ha entrado en las costumbres, y estas leyes se quedan en papel mojado.

Cruzada selectiva

Junto a las sanciones legales, las organizaciones que luchan contra el aborto selectivo en la India proponen también una serie de medidas que erradiquen las causas del rechazo de las niñas: abolir la dote, un seguro para que los progenitores no dependan en la vejez de la asistencia de un hijo varón, el acceso de las mujeres a empleos que les den una autonomía económica y contribuir así en términos de igualdad a la renta

familiar, acceso a la herencia... En definitiva, lo que está en juego es un cambio en el estatus de las mujeres, que pasa por una transformación de las mentalidades.

Pero la gran mayoría de la sociedad india, reconoce Manier, permanece insensible ante este problema de la discriminación prenatal. La autora lamenta incluso que “en el plano religioso, no se ha pronunciado ninguna excomunión”, y las condenas emitidas por las autoridades religiosas (cristiana, sij, musulmana...) surten escaso efecto.

Algunas ONG han decidido luchar contra la eliminación de las niñas con acciones que si las utilizara un grupo pro vida causarían escándalo. “En los pueblos de Tamil Nadu –cuenta Manier– se han creado comités de vigilancia denominados sangam, que llevan un registro de los embarazos en curso en cada aldea y amenazan con denunciar a las familias a la policía en caso de que la madre aborte un feto femenino, de que cometan un infanticidio neonatal o de que se produzca una muerte prematura sospechosa de una niña”.

Si esto no es una “cruzada antiabortista”, se le parece mucho. Pero sería más convincente si no fuera tan selectiva, y abarcara a los dos sexos.

Porque, ante el libro de Bénédicte Manier, que respira indignación moral en muchas de sus páginas, es inevitable plantearse una pregunta: si en vez de haber en Asia, por obra del aborto selectivo, un déficit de cien millones de mujeres, faltarán 50 millones de niñas y 50 millones de niños, ¿ya no habría ningún problema? □

(1) Bénédicte Manier. *Cuando las mujeres hayan desaparecido*. Cátedra. Madrid (2007) 187 págs. 16 €. T.o.: *Quand les femmes auront disparu*. Traducción: Magalí Martínez Solimán.